

tierra, cuyos dos libros se intitulaban *Europa* el uno y *Asia* el otro. Los fragmentos de Hecateo están escritos en jónico vulgar, y su estilo es sobremanera sencillo sin que carezca de fluidez y gracia.

Ferécides de Léros, Caron y Helánico.

Ferécides el logógrafo, natural de Léros, isleta vecina de la costa de Jonia, florecia en tiempo de las guerras medas. Residió muchos años en Atenas, donde reunió las tradiciones relativas á la historia del Atica. Los mitógrafos antiguos le citan con frecuencia. Las genealogías atenienses que formó descendian sin interrupcion de Ajax á Milcíades. Segun el método de Hecateo, su modelo, cada nombre iba acompañado de relaciones á veces muy extensas; de forma que la permanencia de Milcíades en el Quersoneso de Tracia le dió pié para referir la expedicion de Dario contra los escitas.

Caron, natural de Lamsaca, colonia de Mileto, fué contemporáneo de Ferécides de Léros. Continuó las investigaciones etnográficas de Hecateo, y escribió obras separadas sobre la Persia, la Libia, la Etiopía y otros países. También escribió una historia, ó mejor dicho, una árida crónica de los sucesos de la guerra de Dario y Jérges contra los griegos; obra que acaso suministró á Herodoto algunos datos preciosos, pero no ciertamente el modelo de narracion y estilo que admiramos en las *Musas*.

Helánico de Mitilene, eolio que florecia por el mismo tiempo que Herodoto, escribió, siguiendo igual método que Hecateo, Ferécides y Caron, descripciones etnográficas, genealogías, crónicas nacionales y extranjeras. Una de sus obras contenia la lista de las mujeres que cuidaron desde la

mas remota antigüedad del santuario de Juno en Argos, y la relacion de los acontecimientos mas ó menos auténticos en que figuraron aquellas sacerdotisas, ó que tuvieron lugar en Argos mismo. Helánico llegó tambien á la historia contemporánea, y contó algunos de los hechos sucedidos entre las guerras medas y la del Peloponeso. Su libro era poco circunstanciado, y carecia, no solo de interés, sino tambien, segun Tucídides, de exactitud cronológica.

Ninguno de los escritores precitados, ninguno de los que todavía pudiéramos mencionar, ni Janto de Sárdes, autor de una obra intitulada *Lidiacas*, ni Dionisio de Mileto, de quien solo se sabe el nombre, ningun logógrafo en fin mereció el noble nombre de historiador; pero los logógrafos, como ya llevamos dicho, coadyuvaron á la venida del padre de la historia, siendo para estotro Homero lo que para el poeta de la *Iliada* y la *Odisea* fueron aquellos aedas cuyos nombres y vestigios literarios hemos indagado trabajosamente.

CAPÍTULO XVI.

Herodoto.—Hipócrates.

VIDA DE HERODOTO.—PLAN DE LA HISTORIA DE HERODOTO.—HERODOTO ESCRITOR.—HERODOTO MORALISTA.—EXCELENCIA DE LA OBRA DE HERODOTO.—VIDA DE HIPÓCRATES.—OBRAS DE HIPÓCRATES.—ESTILO DE HIPÓCRATES.

Vida de Herodoto.

Al principio del siglo V la ciudad de Halicarnaso, fundada mucho tiempo antes por una colonia dórica, era capital de un reducido reino hereditario, cuyos monarcas de-

pendian de los sátrapas del Asia Menor y reconocian la soberanía del Gran rey. En Halicarnaso nació Herodoto, en 484, durante el reinado de la primera Artemisa, de la que se immortalizó por su heroísmo en la batalla de Salamina, donde sus naves sostuvieron la lucha contra los griegos sin mucha desventaja. La familia de Herodoto era de las mas distinguidas de la ciudad. Recibió una educacion esmerada, y aprovechó los recursos literarios que entonces abundaban en Halicarnaso, no menos que en las ciudades vecinas. El poeta Paniásis, de quien diremos luego algunas palabras, era tio materno de Herodoto: á él sin duda y á sus ejemplos debió el jóven el amor á lo bueno y lo bello, el afan de instruirse que en edad temprana le impulsó á correr el mundo para ver y oír. Por una de las felices casualidades del destino del futuro historiador, nació súbdito del Gran rey; con que pudo libremente satisfacer su afición á los viajes, en un tiempo en que ningun griego, de una de las naciones que estaban en guerra con la Persia, hubiera podido poner los piés en Egipto y en el alta Asia, sin exponerse á ser tratado como enemigo y vendido como esclavo. Visitó el Egipto, y por el Nilo subió hasta Elefantina; recorrió la Libia, la Fenicia, la Babilonia, y probablemente tambien la Persia; internóse en el fondo del Ponto Euxino, siguiendo la orilla meridional de este mar, y detúvose en todos los puntos que ofrecian algun pábulo á su curiosidad. A los veinte y cinco años quizás, estaba ya meditando su grande obra. A los treinta vivia en su ciudad natal, dedicándose á ordenar los copiosísimos materiales que habia atesorado, y ensayándose en la composicion de las relaciones que habian de deleitar á la Grecia, cuando sobrevino un fatal aconteci-

miento que dió en tierra con su fortuna y turbó su sosiego.

Habia pasado el tiempo de la grande Artemisa, aquel tiempo en que las letras eran protegidas por los mismos soberanos, y en que Pigres, hermano de la reina, ambicionaba el nombre de poeta y la gloria de titularse discípulo de Homero. Ligdámis, rey de Halicarnaso, abrigaba un corazon bajo y feroz, y Paniásis fué particularmente el blanco de su odio á todo lo noble y magnánimo. El poeta pereció un dia, asesinado de orden del tirano; y Herodoto, no menos aborrecido por Ligdámis, estuvo para perder la vida, y salvóse huyendo de Halicarnaso.

Por el año de 442, fué á domiciliarse en la isla jónica de Sámos. Allí se perfeccionó en el estudio del dialecto que era la lengua de la prosa, y penetróse de aquel espíritu jónico que alienta en todo el discurso de su obra; pues Herodoto no tiene el orgullo aristocrático, la dureza ni las preocupaciones nacionales que los dorios manifestaban en todas partes: al abandonar el dialecto de sus padres, sacudió, digámoslo así, su antiguo carácter. En Sámos tambien preparó Herodoto los medios de librar á sus compatriotas del yugo del tirano. Consiguió realizar su designio contra el matador de Paniásis, y regresó á su patria despues de algunos años de destierro; pero en vez del esparcimiento y placentera quietud en que confiaba pasar la vida, solo halló sinsabores y disgustos. Halicarnaso no supo disfrutar de la libertad, y las disensiones civiles hicieron que ningun hombre estudioso y pacífico residiese en ella contento. Desconfiando Herodoto del juicio de los ciudadanos, abandonóles á sus pasiones, y buscó léjos de Halicarnaso un punto donde guarecerse de todas las borrascas, eligiendo para su des-

tierra voluntario la ciudad de Túries, fundada en 444 por los atenienses en la Gran Grecia, en el lugar de la antigua Sibáris. Ignórase la época fija de su salida para Túries, mas no fué uno de los fundadores de la ciudad. Vivió dilatados años en su nueva patria, y murió en ella muy entrado en años, por los de 406 antes de nuestra era. Dase á sí mismo á la cabeza de su historia el nombre de halicarnasiense, en razon al lugar de su nacimiento; pero los autores le llaman algunas veces turiense: Túries le adoptó por suyo, y en Grecia se le conoció mucho tiempo como á ciudadano de Túries.

Hemos dicho ya que Herodoto recorrió en su mocedad los portentosos países del Oriente y las ciudades griegas del Asia: sus exploraciones en la Grecia europea comenzaron mas tarde, sin que sepamos precisamente cuándo. Lo cierto es que visitó casi todos los lugares de alguna fama, ciudades, templos, campos de batalla, así de las islas como del continente, desde Tracia hasta Italia.

La reputacion literaria de Herodoto estaba ya bien cimentada en Grecia aun antes de que él pasase de Halicarnaso á Túries. En 446, á la edad de treinta y ocho años, fué á Atenas por la fiesta de las grandes Panateneas, y leyó en público algunos fragmentos de su obra, aun muy incompleta, la cual tenia empero ciertas partes que se hallaban en el punto en que él queria ponerlas y en que las dejó. El concurso quedó maravillado de sus escritos, y los atenienses votaron para el incomparable narrador un premio de diez talentos, ó sean mas de doscientos mil reales. Mucho tiempo antes, en 456, segun una tradicion mas dudosa, dió ya una lectura de este género en Olimpia; y allí dicen

que se encendió en el corazon del niño Tucídides la noble ambicion de gloria á que tan bien correspondió despues el ingenio.

Como quiera que sea, ni en 456, ni siquiera en 446, podia Herodoto presentar á la admiracion de los hombres mas que relaciones parciales y trozos de su obra. El vastísimo plan que habia concebido no llegó á su completa realizacion sino al cabo de mucho tiempo, en términos que hubo de trabajar hasta los últimos años de su vida para ver levantado su monumento, tal como ideara fabricarlo.

Plan de la historia de Herodoto.

La obra de Herodoto comprende la historia de todos los pueblos á la sazón conocidos; pero el asunto principal, el hecho culminante en derredor del cual se agrupan todos los demás, y al que todo va á parar de cerca y de lejos, es la grande y terrible lucha del Asia con la Grecia. Para componer un todo de los innumerables detalles que se proponia exponer, concibió Herodoto una especie de epopeya, cuya coordinacion no carece de analogía con la de los poemas de Homero. A ejemplo del autor de la *Odisea*, traslada al lector, casi al principio, al corazon mismo de los sucesos que han preparado la lucha, y andando de recuerdo en recuerdo, subiendo y bajando la escala de los siglos, volviéndose á la derecha y á la izquierda en el espacio, pero siempre avanzando, llega á la jornada de Micala, despues de examinar todos los puntos importantes ó curiosos de las tradiciones de los pueblos. Su modo de entrelazar las relaciones tiene alguna semejanza con el del anciano Néstor, con la diferencia de que los paréntesis del viejo de Pílos,

aquellas aventuras que un nombre le trae á la memoria y que él intercala unas en otras, sin desatender empero el fin á que se endereza, toman en Herodoto dimensiones proporcionadas á la grandísima extensión de un discurso en que se trata de sentar la oposicion de dos mundos, y el triunfo de la Europa sobre el Asia. En esta oposicion fundamental estriba la unidad de la obra: unidad que admite una diversidad infinita, pues todo lo que próxima ó remotamente tiene relacion con las ciudades griegas y el imperio de los persas, historia, geografia, usos, costumbres, religiones, tradiciones, hechos y leyendas, todo pertenece en conclusion al vasto dominio conquistado por el escritor, ó mejor dicho, por el poeta. Herodoto merece este glorioso título con mas razon que muchos versificadores, aunque tengan talento; y los nombres de Musas que llevan sus nueve libros, no exageran al anunciar que lo que se tiene á la vista es una obra de arte, y de un arte inspirado, no menos que una obra de ciencia.

Para que el lector comprenda la inmensidad de los tesoros allegados por Herodoto, al par que el orden admirable con que los expuso, vamos á hacer un breve sumario de su historia.

Despues de algunas palabras sobre las antiguas luchas de la Grecia y del Asia durante la época heróica, y sobre los motivos por una y otra parte alegados, como los raptos de Io, Europa, Medea y Helena, pasa Herodoto á Creso, heredero de aquellos reyes de Lidia que en los tiempos históricos fueron los primeros que atentaron formalmente á la libertad de los griegos. Entéranos por menudo de la vida y las aventuras de Creso, de cuanto se sabe de sus anteceso-

res y de las dinastías que imperaron en el reino de Lidia, en una palabra, de todo lo que ofrece algun interés en la suerte del pueblo lidio. A propósito de un oráculo que encomienda á Creso que solicite la amistad de los griegos, habla Herodoto del estado en que á la sazón se hallaban Atenas y Lacedemonia. El ataque de Sárdes por Ciro nos presenta otra nacion, la de los persas, que destruyen el reino de Lidia, y se hallan en lo sucesivo, merced á sus conquistas, en contacto inmediato con los griegos. Herodoto nos instruye de lo que son los persas y de cómo vino á su poder en el alto Oriente el imperio de los medas, cuyo origen, progreso y derrocacion aparecen sucesivamente á nuestra vista. Con la historia de Ciro se mezcla la de las colonias griegas del Asia Menor, y la de la destruccion de la potencia asiria.

La expedicion de Cambises, hijo de Ciro, contra el Egipto, conduce al lector á las orillas del Nilo. Herodoto describe el país y cuenta de aquel pueblo extraordinario cuanto ha visto y cuanto ha oido referir en los mismos lugares. Prosigue la historia de Cambises, pasando luego al mago Smerdis y á Dario hijo de Histaspe. La expedicion de Dario contra los escitas y la sumision de la Libia dirigen la atencion del historiador á los dos extremos del mundo entonces conocido: nos refiere las costumbres del Norte y del Mediodía, nos describe aquellos países tan diferentes, y nos reseña las vicisitudes de las naciones que en ellos habitan.

La conquista de la Tracia y de la Macedonia por Megabázes, teniente de Dario, y el alzamiento de los jonios contra los persas, ponen directamente en lucha á los dos mun-

dos. Herodoto toma el hilo de la historia de los estados griegos en el punto donde lo dejó, y se dedica particularmente á explicar los adelantos de la potencia ateniense, y el espíritu emprendedor que anima á la república desde la derrocaion de los pistrátidas. Da cuenta de las enemistades que dividian á las naciones griegas entre sí, y de las alianzas y simpatías que las unian unas á otras en la época en que Dario sofocó la rebelion de sus súbditos griegos, y en que sus ejércitos penetraron en el corazon de Grecia. Fracasa la expedicion de Dátis y Artaférnes, y la batalla de Maraton salva por algunos años del peligro á la Grecia. Jérjes, hijo de Dario, trata de vengar en persona la afrenta inferida á las armas de los persas, y despues de algunas batallas sin resultado en las Termópilas y en el promontorio de Artemisium, quedan destruidos su escuadra en Salamina y su ejército en Platea. El último libro de Herodoto termina cuando la Grecia se ve definitivamente libre de sus invasores, habiendo recibido el condigno castigo los pueblos griegos que favorecieron los intentos del enemigo.

En esta historia universal no se advierte mas que un defecto. Herodoto dice muy poca cosa de la gran nacion asiria, que produjo los prodigios de Babilonia y Ninive; pero nos participa que compuso una larga obra que desgraciadamente se ha perdido sobre la Asiria, y á ella se refiere respecto de lo que falta en el libro donde habla de los asirios.

Herodoto escritor.

No pertenece Herodoto al número de los escritores que se llaman elocuentes. No busca los efectos de estilo mas de

lo que Homero aspira á lo sublime; hasta ignora lo que es el estilo, ó á lo menos lo que suele llamarse así, ese arreglo de palabras y frases, esas acertadas combinaciones que dan al discurso el aspecto de un tejido bien fabricado. Habla como piensa, y este es todo su arte: la palabra mas sencilla, mas ingenua y mas clara, la frase menos redondeada, la que es menos frase, digámoslo así, esto es todo lo que se encuentra desde el principio hasta el fin de la obra. Con todo, cuando hace hablar á los personajes, presenta sus argumentos en una forma casi rotunda, que ofrece una apariencia, un viso de período, haciendo presentir el estilo de los historiadores venideros. Herodoto hizo en lengua jónica, naturalmente y sin esfuerzo, lo que mas adelante habia de hacer Platon en lengua ática, pero con el trabajo de un arte consumado: escribia como hablaba, ó á lo menos como hubiera podido hablar. De aquí aquellas frases que al parecer no tienen principio ni fin, ni construccion razonable, y que no dejan de expresar perfectamente lo que Herodoto quiere decir, agradándonos, dice Pablo Luis Courier, con un aire de bondad y de malicia, menos estudiado de lo que creyeron los críticos antiguos. La gracia de la diccion no está solamente en el feliz desaliño de las formas, sino tambien en el carácter mismo de la lengua. El dialecto jónico, con sus diéresis, sus agregaciones de vocales, y los recuerdos poéticos que sus propias palabras traen á la memoria, añade á los demás atractivos su atractivo particular, que tan bien sienta al carácter de toda la obra.

Herodoto nunca se entusiasma: deja á los hechos que refiere el cuidado de interesar y afectar al lector. Con igual

gravedad narra los infortunios conyugales de Candaulo que las batallas que preservaron al mundo del yugo de los bárbaros ; por cuya razon fuera difícil decidir qué parte de la obra merece mas alabanza , prescindiendo , como se supone , de la importancia de las cosas , y atendiendo solamente á las calidades de la narracion. A nuestro entender, el relato mas largo es el mejor.

Herodoto moralista.

No escribia Herodoto únicamente para historiar ; pues muchas veces deduce las enseñanzas morales que suele ofrecer el espectáculo de las cosas humanas. Complácese en mostrar la presencia y la accion de un poder supremo en el mundo ; cree que todo está predispuesto , y que nada es capaz de librarnos de la envidia de los dioses , segun á menudo se expresa , ni el crimen , ni la violencia , ni siquiera la opulencia excesiva y la vanidad , su inevitable compañera. No pretendemos decir que Herodoto sea un gran filósofo , ó que inventase en el siglo V antes de Jesucristo la filosofía de la historia ; decimos, sí, que sabe reflexionar , y que la rectitud de su alma le sugiere á veces las ideas mas verdaderas al par que las mas profundas. Posee un vivo sentimiento del bien y del mal , y nunca se le ve justificar malas acciones ó deprimir la virtud de los grandes hombres. Para él la historia es la historia , y no un alegato : no es de ningun partido , á menos que así se denomine el férvido amor á la verdad y á la justicia. No disimula los defectos de los griegos , y al lado de su gloria enseña los escollos donde un dia puede estrellarse tanto poderío. La sucesiva caida de los imperios es una leccion que

les da para que sin cesar la mediten ; y sus frecuentes excitaciones al sentimiento religioso y al temor de las venganzas divinas, son advertencias para el porvenir , antes que explicaciones del pasado.

Excelencia de la obra de Herodoto.

Herodoto era religioso , mas no crédulo. Refiere con frecuencia prodigios , pero siempre con fórmulas que dejan á otros la responsabilidad del error ó de la mentira. El es la veracidad misma. Lo que dice haber visto , lo ha visto ; lo que dice haber oido , se lo han contado. Es imposible dudar de su buena fe. Los que lo hicieron eran hombres preocupados , como Plutarco , quien descendia de los beocios que vendieron la causa comun en las guerras medas , ó escépticos refinados que no conocian mas realidades que las que á la vista tenian , y que calificaban de fábulas todos los hechos algo singulares , ó no conformes con las cosas usuales. Los viajeros modernos han vindicado completamente el carácter desconocido del viajero antiguo ; y los descubrimientos de la arqueología , monumentos desenterrados de las ruinas de las ciudades de Oriente , escrituras misteriosas descifradas , y testimonios contemporáneos de las épocas mas remotas de la historia , demuestran cada dia mas que fué tanto el cuidado con que se informó Herodoto de los anales de los pueblos , cuanta la atencion con que visitó los países y observó las costumbres. Asi es que Tucídides mismo se equivocó , si hemos de creer que el autor de la *Guerra del Peloponeso* alude á Herodoto al hablar de historiadores cuyos escritos no llevan mas mira que regalar por un momento los oidos. Por lo tanto , la primera composi-

cion verdaderamente digna del nombre de historia, no es tan solo una obra maestra histórica: es una obra única en su género, sino la mas perfecta de todas, la mas admirable, la mas original, la que nadie podia estar tentado á tomar por modelo, pues todo en ella es de ingenio, y los imitadores nunca se posesionan sino de la regla, de los rasgos de escuela, de lo convenido; es la única en que manan copiosas todas las fuentes del interés. Figurémonos una maravilla imposible, la relacion de Marco Polo, por ejemplo, unificada con la crónica de Joinville y los cuentos de las *Mil y una Noches*; y todo esto comprendido en el plan de una *Odisea*, y escrito en el habla de Homero: pues esta maravilla imposible existe, y es el libro de Herodoto.

Vida de Hipócrates.

Lo que constituye el derecho de Hipócrates á figurar al lado de Herodoto en una obra que no tiene la menor connexion con los estudios medicales, es ante todo su cualidad de prosador jónico; pero el padre de la verdadera medicina nos pertenece tambien por otras razones. Hay en sus obras una parte del todo humana de la cual, aunque profanos, podemos juzgar, y que contribuye asimismo á la gloria de este incomparable ingenio: hay el filósofo, el moralista, el primer hombre que redactó en una forma impercedera los axiomas de la verdad eterna; hay en fin Hipócrates mismo, varon admirable, tan grande de corazon como de entendimiento, sencillo é ingenuo como quien conoce su valia, reposado como la razon, y notable por su blandura no menos que por su austeridad.

Como Herodoto, era Hipócrates dorio de nacimiento; pe-

ro como Herodoto, como los logógrafos, como los primeros filósofos, escribió en la antigua lengua de la prosa. Aunque nació en 460, mas de veinte años despues de Herodoto, esta diferencia de edad no bastaba para que Hipócrates se decidiera á no emplear el dialecto jónico. Los estadistas atenienses elevaron en su tiempo el dialecto ático á la dignidad oratoria; Tucídides, tambien en su tiempo, historió en lengua ática; pero hasta los últimos años del siglo V no manifestaron los discípulos de Sócrates los recursos del idioma de Atenas para expresar las mas imperceptibles gradaciones del pensamiento. No es, pues, de extrañar que Hipócrates, filósofo ante todo, permaneciese fiel á las tradiciones literarias de la filosofía, y no se apartase de la senda que siguieron los Ferécides, Heráclitos y Anaxágoras.

Era natural de la isla de Cos, donde su padre ejercia la profesion de médico. Cítase con frecuencia á Hipócrates con el renombre de hijo de los Asclepiadas. Su familia, como todas las que se trasmitian de generacion en generacion los preceptos del arte de curar, se preciaba en efecto de descender de Asclepio, por otro nombre Esculapio, padre de Macaon y Podalizo. Educado Hipócrates al lado de su padre por los maestros que tenia en su casa y en su ciudad natal, fué á tomar en Selimbria (Tracia) lecciones de Heródico, que entonces era el médico mas afamado.

Probablemente ejerció su arte de ciudad en ciudad durante largos años, y con especialidad en las ciudades téssalas de Larisa, Melibea y otras, y en la isla de Tásos. Las vivas y verídicas descripciones que hace de varios países apartados prueban tambien que no limitó sus viajes á las

islas y al continente de Grecia. Recorrió gran parte del Alta Asia, y visitó con detenimiento las provincias septentrionales del Asia Menor. « Un médico, dice Homero, equivale á un gran número de hombres. » Los pueblos antiguos profesaban á los médicos una veneracion profunda; y aun en la actualidad, no hay en el Alto Oriente título mas noble que el de médico, ni mejor pasaporte, ni recomendacion mas eficaz. Hipócrates se restituyó á Cos en su ancianidad, y fundó una escuela de médicos cuya fama duró mucho tiempo despues de su muerte. Llegó á la avanzada edad de ochenta y cinco años, segun unos, de noventa, segun otros, y segun otros tambien, de ciento cuatro ó ciento nueve. Su biógrafo anónimo dice que no murió en su ciudad natal, sino cerca de Larisa, en Tesalia.

Algunos han escrito que Hipócrates libró á Atenas de la peste durante la guerra del Peloponeso, y que no quiso pasar al lado de Artajerjes para socorrer á los bárbaros diezmados por el azote; pero es inverosímil que en la época de la peste gozase Hipócrates de la reputacion que se le supone, cuando solo contaba unos treinta años de edad, y que Artajerjes tuviese la idea de enviar una embajada y presentes á este jóven. En cuanto á la ciudad de Atenas es dudoso que Hipócrates pusiese siquiera los piés en ella. En ninguna parte de sus obras la nombra; y dice Galieno que Esmirna, que el menor barrio de Roma contaba mas habitantes que la mayor ciudad donde ejerció Hipócrates su arte. Por otra parte, Tucídides, que traza tan minuciosamente el lúgubre cuadro de los desastres de la peste en Atenas, no cita á Hipócrates, y nos dice que fueron inútiles todos los remedios, siendo los médicos las primeras víctimas de la calamidad.

Hay otras muchas relaciones fabulosas con que los autores de los siglos de decadencia procuraron embellecer la vida de Hipócrates, y que la convirtieron en una especie de leyenda, semejante á las de los tiempos heróicos. No cumple discutir esas fantasías mas ó menos ingeniosas. No ha de recurrir á ellas quien quiera formarse una idea cabal de la persona y carácter de Hipócrates. « Este grande hombre, dice con razon el autor de *Anacarsis*, se retrató en sus escritos. Nada interesa tanto como el candor con que refiere sus desgracias y sus faltas. Aquí leemos las listas de los enfermos que tuvo á su cargo durante una epidemia, y los mas de los cuales murieron en sus brazos. Allí le vemos junto á un tésalo herido de una pedrada en la cabeza. Al principio no advierte que es preciso recurrir al medio del trépano: algunos síntomas funestos le manifiestan al fin su equivocacion, y hecha la operacion al décimo quinto dia, el enfermo falleció al siguiente. El mismo fué quien hizo estas confesiones; él mismo fué quien, superior á toda clase de amor propio, quiso que hasta sus errores fuesen lecciones. »

●Obras de Hipócrates.

Los sábios modernos han mostrado los varios descubrimientos que la ciencia debía al médico de Cos. La coleccion de obras que llevan el nombre de Hipócrates contiene escritos de índole y valor muy diferentes, y solo se conceptúan auténticos cierto número de ellos, reclamándose los demás para algunos filósofos anteriores á Hipócrates ó contemporáneos suyos, y particularmente para los médicos que le sucedieron, y por quienes florecieron en Cos su escuela y sus doctrinas.

Entre los escritos que en realidad produjo Hipócrates, los hay que no son mas que diarios detallados de clínica, cuyo mérito literario consiste en la precision con que están resumidas y descritas las circunstancias nosográficas. Otros son verdaderos tratados filosóficos sobre materias relativas á la medicina. El libro *De los Aires, Aguas y Lugares*, en el cual expone Hipócrates el influjo de los climas y estaciones en la salud de los hombres, no es solamente una grande obra científica, notable por la profundidad y exactitud de las observaciones; no es solamente uno de los escritos mas útiles que jamás ha inspirado el estudio detenido de la naturaleza: con dificultad halláramos en la antigüedad, en Aristóteles ó Platon, una produccion que sea á la par mas seria y mas interesante; y en prueba de ello, bástanos tomar á la ventura una página de este opúsculo que apenas consta de treinta.

«Tocante á la pusilanimidad, á la falta de valor viril, si los asiáticos son menos belicosos y mas pacatos que los europeos, la principal causa está en las estaciones, las cuales no sufren en Asia grandes variaciones de calor ni de frio, siendo casi uniformes. En efecto, allí el espíritu no experimenta las conmociones, ni el cuerpo los cambios intensos que endurecen naturalmente el carácter, y le hacen mas indócil é impetuoso que un estado de cosas siempre igual; que las mudanzas completas son las que excitan el espíritu humano, sin dejarle en la inercia. Creo que la pusilanimidad de los asiáticos ha de atribuirse á esas causas exteriores, y tambien á sus instituciones: en efecto, la mayor parte del Asia está sujeta á reyes; y cuando los hombres no son dueños de sus personas, ni regidos por las leyes que

ellos mismos han establecido, sino por el poder despótico, no tienen motivos razonables para seguir la profesion de las armas; antes los tienen para no parecer guerreros, pues los peligros no están repartidos por igual. La fuerza les obliga á ir á la guerra, á suportar las fatigas, y á morir por sus déspotas, léjos de sus hijos, esposas y amigos. Sus hazañas y su valor guerrero solo sirven para aumentar el poder de sus déspotas: para sí no recogen mas fruto que los peligros y la muerte. Además, sus campañas se trasforman en yermos, así por las talas del enemigo como por la cesacion del trabajo; por manera que si entre ellos hubiese alguno que fuese de suyo esforzado y valiente, á causa de las instituciones se disuadiria de ejercitar su bravura. Una gran prueba de lo que asiento es que en Asia los griegos y los bárbaros que no se someten al despotismo y se gobiernan por sí mismos, son los mas guerreros de todos; pues por sí mismos corren los peligros, reciben el premio de su valor ó el castigo de su cobardía (1).

Estilo de Hipócrates.

Vemos que el estilo de Hipócrates es la sencillez misma, pero una sencillez que no excluye calidades eminentes y se hermana admirablemente con el vigor y la precision. Este estilo raya en alta elocuencia y en poesia, en los tratados donde traza Hipócrates los deberes del médico, del hombre á quien compara con un dios, sin advertir que él mismo era este dios entre los hombres. En la fórmula de juramento que redactó resalta la majestad y el tono de un himno religioso: «Juro por Apolo médico, por Esculapio, por Higia

(1) Hipócrates, *De los Aires*, etc., cap. XVI.

y Panacea; pongo por testigos á todos los dioses y diosas, que cumpliré fielmente, mientras esté en mi mano y en mi inteligencia este juramento, y esta promesa escrita; que consideraré como á padre mio al que me enseñó este arte; que atenderé á su subsistencia; que acudiré liberalmente á sus necesidades; que miraré á sus hijos como á mis propios hermanos; que les enseñaré arte sin salario y sin ninguna estipulacion, si quieren estudiarle... Conservaré pura y santa mi vida lo mismo que mi arte... Si cumplo con fidelidad mi juramento, si no falto á él, así pase dias felices, recoja los frutos de mi arte, y viva apreciado de todos los hombres y de la mas remota posteridad; pero si violo mi juramento, si soy perjuro, acontézcame todo lo contrario (1)!»

Hipócrates hace una guerra implacable á los charlatanes, á todos los falsos médicos que comprometen la dignidad del arte con su ignorancia ó con sus malas prácticas. Contra ellos, y en general contra los aficionados á las opiniones paradójicas, no se desdeña Hipócrates de emplear á veces la ironía, sin perjuicio de los estallidos de una legítima indignacion. Véase, por ejemplo, el principio del tratado *del Arte*: «Hay hombres que consideran como un arte el vilipendiar las artes. Que obtengan el resultado que se figuran, no lo digo; pero hacen alarde de su propio saber.»

El estilo de Hipócrates, y este es el único reproche que merece, peca de vez en cuando por exceso de concision, ó mejor, por una especie de hacinamiento de sentencias que oscurece la frase. Compréndese lo que queremos decir á la sencilla lectura del famoso aforismo cuyas primeras pala-

(1) Hipócrates, *el Juramento*, passim.

bras se han citado tantas veces (1): «La vida es corta, el arte es largo, la ocasion pasa presto, el empirismo es peligroso, el raciocinio es difícil. Es menester, no solo hacer uno mismo lo que conviene, sino además ser ayudado por el enfermo, por los que le asisten y por las cosas exteriores.» Por lo demás, tocante al vigor de la diction, á la viveza y gracia, el médico de Cos compite hasta con los escritores mas distinguidos que tuvieron tiempo para dedicarse completamente á componer y perfeccionar sus obras.

CAPÍTULO XVII.

Orígenes del teatro griego.

LA TRAGEDIA ANTES DE TÉSPIS.—INNOVACIONES DE TÉSPIS.—APARATO ESCÉNICO.—FRÍNICO EL TRÁGICO.—PRATINAS; EL DRAMA SATÍRICO.—QUERILLO EL TRÁGICO.—CERTÁMENES DRAMÁTICOS.—DESCRIPCION DEL TEATRO.—FORMA EXTERIOR DE LA TRAGEDIA Y DEL DRAMA SATÍRICO.—PAPEL DEL CORO.—ENSAYOS DRAMÁTICOS.

La tragedia antes de Téspis.

Hacia la época en que Pisistrato aguzaba sus armas contra la libertad, nació en Atenas la poesía dramática, la cual habia de resumir en sí todas las poesías, desde la epopeya hasta la sátira calumniosa; igualarlas á cada una en particular, en la riqueza de los pormenores, en la variedad de las invenciones y en la brillantez de la forma; superarlas en la verdad y en el interés de las pinturas, y dejar al mundo los inmortales nombres de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Menando. «En aquella sazón, dice Plutarco en

(1) *Aforismos*, primera seccion, I.